



No Temas

Una versión revisada de una homilía para el XII Domingo, dada el 24 y 25 de Junio en San Francisco de Asís en Bend

Cuando nos conocimos por primera vez, yo ya sabía esto sobre ti: tienes miedo. Yo también. Hemos tenido miedo desde que podemos recordar.

De niños tenemos miedo a la oscuridad, al grito de los adultos, a quedarnos solos. De jóvenes tememos al sexo opuesto y a la desaprobación de nuestros compañeros. De adultos estamos ansiosos por lo que traerá el futuro: desempleo, falta de hogar, enfermedad, muerte. El miedo de una cosa u otra es nuestro compañero de toda la vida.

Todo se remonta al principio. En el tercer capítulo del primer libro de la Biblia, el miedo aparece en el escenario de la historia humana. “He oído Tu voz en el jardín”, le dice Adán a Dios, “y tuve *miedo*”. Habiendo apenas cometido el primer pecado, Adán sabe que Dios lo está buscando; por eso él se esconde en la oscuridad del miedo. Todos nuestros miedos están arraigados en el miedo original de Adán—el miedo de enfrentar a Dios.

A través de las páginas de las Escrituras, Dios busca este miedo y lo confronta directamente. “No temas”, Él le dice a Abram y Moisés en el Antiguo Testamento, a María y José y a los discípulos escogidos en el Nuevo Testamento. A cada uno de nosotros, así como a ti y a mí,

Él da una razón para no rendirse ante el miedo; y esa razón es una promesa, siempre la misma promesa: “*Yo estaré contigo*”.

El Hijo de Dios, Emanuel, cumplió esta promesa más allá de nuestra imaginación cuando Él vino a redimirnos del miedo. En la oscura noche de Getsemaní, Jesús se apartó de los Apóstoles para enfrentarse al miedo en la infinita soledad de la Agonía en el Jardín. Allí se enfrentó al terrible temor que ennegreció las horas restantes de Su vida. “Aparta de mí este cáliz”, le rogó a Su Padre, mientras el miedo se apoderó de Él en “grandes gotas” de sudor sangriento—una señal del horrible temor de abandono al cual Él dio una “gran voz” en la Cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

El agonizante “*¿por qué?*” de Jesús se encontró con el silencio del cielo y fue enterrado con Él en una tumba cercana. Pero en el Tercer Día la respuesta estalló. El Hijo había sido abandonado a la derrota para poder ascender indestructible en la victoria y abrir la salida del temible escondite de Adán. En la vida que Él vive ahora, la muerte no tiene dominio—ni tampoco el miedo. Porque cuando Jesús resucitó de entre los muertos, Su valor resucitó con Él, el valor que conquista el miedo completamente. Aquellos que viven Su nueva vida, viven Su valor también.

San Pablo lo hizo. El gran Apóstol tenía mucho que temer, pero él vivía más allá de sus temores. Ni el naufragio ni el ser apedreado ni “*incontables palizas*” ni encarcelamientos lo detuvieron para enfrentar nuevos y horribles peligros de ríos y ladrones, de Judíos y Gentiles, en la ciudad y en el

desierto. “Todo lo puedo en Él quien me fortalece”, descubrió San Pablo. La Pasión de su Señor crucificado le dio valor para mantenerse firme frente a cada amenaza que se le presentaba. San Juan describe esa lección aprendida de la Cruz: “el amor perfecto echa fuera el miedo”.

Hace años, cuando llegué a la sala de emergencia con un dolor punzante por una piedra en el riñón, el doctor me dijo, “voy a darte morfina ahora. No quitará el dolor, pero *lo pondrá a una distancia* para que pueda soportarlo”. El dolor—y el miedo—seguirían estando allí, pero su prominencia exagerada, dominando mi conciencia entera, disminuiría en escala hasta su proporción apropiada, de modo que mi mente tuviera espacio para algo más que sólo dolor.

Cuando convocamos al valor para sacar nuestros terrores a la luz del amor perfecto de Jesús Crucificado, Su gracia nos ayuda a *redimensionarlos* en proporción a lo que Él sufrió por nosotros. Así es como Jesús nos redime nuestro miedo: Él lo pone a distancia a fin de que lo insoportable se hace *soportable*. Él nos da una fuerza inimaginable para pasar a través del miedo sin partirnos en dos.

En 1839, antes de San Agustín Pak Chongwan y su esposa sufrieron el martirio en Corea, los brutales torturadores les robaron del uso de sus brazos y piernas. No fueron intimidados. “Antes tenía miedo a las torturas”, dijo Santa Bárbara Ko Sun-i, “pero ahora el Espíritu Santo ha bendecido a una pecadora como yo”, y ya no tengo miedo a las torturas. Estoy muy feliz. Yo no sabía que era tan fácil morir”.